

de ocupación japonesa contra otros países y que se opondría a la intervención de las potencias occidentales en Asia. El joven nipón estaba convencido, al igual que la mayor parte de sus contemporáneos, de que la fuerza era el único medio por el que se podía hacer respetar la independencia y soberanía japonesa. La “guerra santa” era la única manera de acabar con el orden injusto impuesto por las potencias occidentales. Kiso Imuro no fue expulsado del país a causa de las circunstancias de la guerra, pues se pensaba que podía ser intercambiado por otros prisioneros. Primero sería recluido en las Islas Marías, después trasladado, junto con alemanes e italianos, a Perote, lugar del que pasaría a Lecumberri para finalizar su aprisionamiento en el reclusorio para menores en Tlalpan, sitio del que sería liberado en 1949.

El libro de Sergio Hernández Galindo resulta preponderante por la manera en que muestra los mecanismos empleados por el gobierno estadounidense para incidir en la vigilancia de la comunidad japonesa, tanto en México como en el resto de América Latina. Es innegable que tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial se desarrolló una “guerra secreta” entre las potencias mundiales, misma que tuvo a México como escenario central. Hay que agradecer el esfuerzo realizado por el autor, pues muestra, basado en fuentes documentales y orales, la manera en la que se llevó a cabo la represión de la comunidad japonesa en un periodo álgido de la historia mexicana y mundial.

Cada uno para sí y Dios contra todos

Héctor Siever

Ricardo Contreras Soto, *Percepción del migrante mexicano sobre la alteridad en las organizaciones en Estados Unidos*, Celaya, Universidad de Guanajuato, 2011.

Realizado originalmente como tesis de doctorado en administración (División de Ciencias Sociales y Administrativas-Universidad de Guanajuato), en el presente estudio se busca “tener una aproximación sobre la percepción de las alteridades que tiene el trabajador migrante mexicano basado en sus experiencias, dadas en las organizaciones y en el mundo laboral de Estados Unidos”. El autor divide su investigación en tres apartados principales:

- a) una parte teórica (pp. 16-28) en la que postula una serie de términos y conceptos que harán las veces de andamiaje estructural para la metodología de su pesquisa. Es aquí donde presenta los conceptos que guiarán el posterior desarrollo de su trabajo a través de un método cualitativo de investigación social y para ello define conceptos como migración, migración laboral, percepción, *habitus*, campo, capital, así como los de identidad y alteridad;
- b) un apartado correspondiente al método (pp. 30-347), en el que se explicita la manera en que conducirá

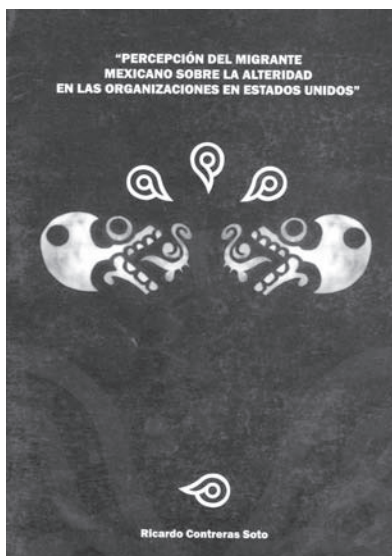
su trabajo de campo: el investigador parte de preguntas directas a los participantes en el estudio; las respuestas obtenidas serán utilizadas para crear una base de datos, y por medio de ella el investigador somete la información obtenida a un tratamiento estadístico que le permita establecer categorías específicas para poder comprender y clasificar las diferentes maneras en que los trabajadores migrantes mexicanos en Estados Unidos perciben a los trabajadores procedentes de otros países;

- c) un apartado en el que se presentan las conclusiones del estudio (pp. 348-368), y en el cual también se discuten elementos concretos del trabajo de campo, entre ellos los relacionados con el ámbito de las aportaciones al tema de estudio; la validez de las categorías construidas; el alcance de algún lineamiento conceptual, o el riesgo de llevar determinadas categorías más allá de las determinaciones generadas por la identidad del agente.

Antes de emprender la exposición de su trabajo, ya en la Introducción reconoce la dificultad implícita en la de por sí compleja tarea de realizar “demarcaciones teóricas y epistemológicas en las organizaciones [...] bajo la óptica dominante de la productividad y la rentabilidad” del discurso taylorista. Es decir, de entrada resultaba evidente la necesidad de entender cómo funcionaban “las lógicas de la percepción de la alteridad”, más para ello debía primero establecer los criterios para comprender la identidad de quienes participarían en su estudio.

Entonces acude a la obra del doctor Gilberto Giménez Montiel, quien define la identidad cultural como “el punto de vista subjetivo de los actores sociales sobre su unidad y sus fronteras simbólicas, sobre su relativa persistencia en el tiempo y sobre su ubicación en el ‘mundo’, es decir, en el espacio social” (p. 21). Tal concepto le permite identificar y diferenciar las identidades, pero luego incorpora una serie de conceptos planteados por el mismo Giménez Montiel, y que le permiten a nuestro investigador configurar gradualmente los elementos fundamentales de la identidad cultural:

1. La identidad tiene una intersección en su formulación entre la teoría de la cultura y la teoría de los actores sociales.
2. La identidad es el lado subjetivo de la cultura considerada bajo el ángulo de su función distintiva.
3. La posibilidad de distinguirse de los demás, diferenciarse (de otros) y reconocerse (con otros) para existir socialmente en un marco amplio de relaciones sociales históricas, destacan las formas de interacción y comunicación.
4. La identidad no es esencia, atributo o propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional.
5. La identidad es una distinción cualitativa supone la presencia construida de elementos diferenciales como marcas o rasgos distintivos: *a)* pertenencia a colectivos, *b)* atributos relacionales y *c)* una presencia histórica en narrativas biográficas.
6. Pertenencia son adscripciones refe-



renciales que comparten o son asignados a los miembros de una colectividad, pueden ser: ideológicas, territoriales, de simpatía o preferencias, etcétera.

Es importante señalar que *la identidad a la que no corresponde el ego referente se le llama alteridad*. Es decir, la otredad, lo que no son, lo que son los otros (p. 21).

De lo anterior se desprende que toda identidad debe ser construida en la confrontación y negociación con los “otros” diferentes, con distintas alteridades; esto es los migrantes de otros países que coincidieron con los mexicanos en las mismas organizaciones. Dado que las identidades culturales en los centros de trabajo son múltiples y diversas, resulta lógico anticipar que sus procesos de configuración sean igualmente distintos. En consecuencia, un primer rasgo en ese sentido tiene lugar a partir de los agentes concretos en dichos lugares de trabajo, mediante atributos rela-

cionales construidos desde una perspectiva cultural; esto es, el investigador supone que en los distintos procesos sociales hay una división étnico-técnica de trabajo, para luego buscar la forma de reconstruir la percepción de la diversidad cultural (*alteridad*) desde el punto de vista del trabajador migrante mexicano.

Pero una vez inmerso en el universo multicultural de las organizaciones laborales estadounidenses, ¿cómo identificar cada una de las distintas identidades culturales al interior de ellas? Contreras Soto parte del hecho de que la identidad es principalmente una dimensión subjetiva, y añade que por ello fue necesario pedir a los agentes participantes en el estudio que identificaran y definieran a sus colegas —tanto estadounidenses como migrantes de otros países— de manera específica, mediante una triple pregunta: “¿tuvo compañeros [de trabajo] extranjeros, me podría decir de qué nacionalidad eran y que opinaba usted de ellos?”.

En el estudio participaron 1 265 emigrantes mexicanos del estado de Guanajuato, y para fines del estudio fueron agrupados en función de las cinco regiones culturales del Estado, compuestas por los municipios de Celaya, Salamanca, Irapuato, Apaseo el Alto, Comonfort, Cortázar, Cuerámara, Huanímaro, Pénjamo, Juventino Rosas y Villagrán. Las entrevistas fueron hechas a migrantes que regresaron a sus lugares de residencia, o visitaban a familiares o amigos, después de trabajar o buscar trabajo en Estados Unidos.

El estudio parte de un enfoque que adopta el encuadre social del discurso de los propios migrantes “con el propósito de interpretar sus significados, y reconstruir las condiciones de participación y acción de estos agentes en contextos laborales bajo procesos históricos específicos y socialmente estructurados” (p. 31). Se trata de un enfoque interno, “desde dentro”, y el investigador parte de los relatos de vida laboral (entrevistas) “para analizarlos como parte de las tradiciones metodológicas” del discurso de la comprensión (*Verstehen*) en ciencias sociales.

Recurre para ello a la hermenéutica profunda desarrollada por John B. Thompson en *Ideología y cultura moderna*, quien señala que el estudio de los fenómenos culturales debe realizarse en dos dimensiones analíticas: el estudio del mundo o contexto socio-histórico y el del marco significativo, evitando la falacia de la autonomía semántica del texto y la reducción de las formas simbólicas al contexto. Es por ello que el punto de partida de Thompson está dado por la interpretación de las *doxas* o “interpretación de las opiniones, creencias y juicios que sostienen y comparten los individuos que conforman el mundo social”.

El investigador retoma de nuevo a Thompson en cuanto a la construcción social estructurada de los fenómenos culturales: “La concepción estructural de la cultura enfatiza el carácter simbólico de los fenómenos culturales como el hecho de que tales fenómenos se in-

serten siempre en contextos sociales estructurados”. Y además coincide con el sociólogo británico en asumir la diversidad simbólica de los objetos de interpretación como el elemento básico de análisis cultural: “Las formas simbólicas son constructos significativos que son interpretados y comprendidos por los individuos que los producen y reciben, pero también son constructos significativos que se estructuran de maneras diferentes y se insertan en condiciones sociales e históricas específicas” (p. 32).

Para Contreras Soto el objetivo del análisis socio-histórico consiste en reconstruir las condiciones sociales e históricas de la producción, circulación y recepción de las formas simbólicas; es decir, en realizar un estudio de la constitución significativa y de la contextualización social de las formas simbólicas.

Sin embargo, tales formas simbólicas sólo podrán emerger en función de diversos criterios ordenadores de los discursos, los cuales el investigador selecciona de acuerdo con la interpretación de la *doxa* de los migrantes. Así, los discursos de *similitud* matizan la relación de las características comunes entre las identidades; los discursos de *diferencia* “matizan la relación de las características sociales y culturales distintas entre las identidades”; de *similitud* y *diferencia* son los discursos que matizan la relación de las características comunes y diferentes entre las identidades; los discursos que matizan la relación de las condiciones contextuales entre las identidades se consideran de *situación*; los discursos

de *cordialidad* permiten matizar la relación valorativa “positiva” entre las identidades, donde destacan valores como aceptación, convivencia y respeto (en las pp. 22-24 el autor presenta y describe el conjunto de los nueve tipos ordenadores del discurso utilizados en su investigación).

No sólo era importante reconocer a los agentes culturales en “identidades sociales y colectivas”, también era necesario conocer el espacio de reconocimiento y participación en que tienen lugar; es decir, los diversos espacios sociales donde resulta posible observar la agencia en el multiculturalismo: práctica religiosa, de transporte, deportivas, etcétera; en el conjunto de actividades sociales cotidianas, o como parte del mundo simbólico del trabajo (en la producción y reproducción del mercado laboral), en el campo de la propia organización como parte del sistema mundo.

Es aquí donde el autor echa mano de Teun A. van Dijk, a fin de explicar los puntos de referencia y adscripción relacionados con el discurso de la alteridad; así, en el *discurso intragrupal* se analizan “las características específicas del discurso de un grupo étnico”; el *discurso intergrupala* está relacionado con el “discurso intercultural entre grupos diferentes. ¿Cómo hablan los miembros de un grupo cultural o étnico con los de otros grupos? ¿De que manera los individuos étnicamente ‘diferentes’ se entienden e interactúan y adaptan entre sí, y cómo crean o resuelven posibles conflic-

tos en la comunicación?"; finalmente, el *discurso intragrupal acerca de otros* analiza "de qué manera los miembros de los grupos dominantes hablan y escriben acerca de los grupos no dominantes (p. 49).

Para los propósitos de su estudio señala la importancia de tener como punto de partida específico el lugar desde el que se reconocen las diversas identidades culturales, a fin de entender y tener en cuenta los riesgos de ciertas formas de clasificación y percepción en la mediación de los agentes; sin embargo, considera que puede resultar legítimo —desde el punto de vista sociológico— objetivar la subjetividad en la base estructural de diversos espacios. Consideradas como producto del campo en que se genera la construcción simbólica, es posible identificar las mediaciones e interpretaciones de las diversas identidades culturales que intervienen, así como la participación relativa de los agentes y del *habitus* configurado en esa dinámica. La mera forma de referirse a los otros —ya sea desde los espacios de poder, desde las luchas simbólicas o de la reproducción simbólica—, puede ser clasificada de manera manifiesta o vía un código especial que circula de manera clandestina en las subculturas de los centros laborales.

Es justamente esa dimensión, en la cual el participante se expresa de los otros —en sus impresiones, experiencias, prejuicios, descubrimientos, etcétera, la que hace de cada identidad cultural—, la que posiblemente revelaría la potenciación y

límite de esas relaciones culturales en la organización y en el trabajo, así como la posibilidad de entender los espacios y las prácticas de las diversas subculturas.

A grandes rasgos, el método de trabajo fue el siguiente. Con el propósito de objetivar la subjetividad del participante, el autor estableció como punto de partida una pregunta base abierta: ¿tuvo compañeros extranjeros? Si es así, ¿me podría decir de qué nacionalidad eran y qué opinaba usted de ellos? Los testimonios de esta evidencia discursiva fueron configurados, mien-tras la gama de respuestas se organizó en categorías utilizadas en función de ciertos criterios (lógicos, prácticos o paradigmáticos del enfoque expuesto). A continuación, y con miras a que el lector pudiera ubicar al participante, se editó cada una de las respuestas obtenidas, a fin de tener elementos adecuados para la interpretación del discurso, así como la generación de datos socio-demográficos del participante entrevistado.

La investigación continuó mediante el software de estadística SPSS (v. 17.0.1), el cual permitió clasificar el tipo de identidad cultural de las respuestas obtenidas mediante una base de datos de Excel, para determinar las diversas identidades y conocer su distribución. Posteriormente fue necesario organizar los discursos: primero se vaciaron las respuestas obtenidas por identidad cultural y en orden alfabético: africanos, afroamericanos, brasileños..., venezolanos, vietnamitas y yugoslavos. Al interior de cada una

de las identidades culturales los discursos fueron ordenados en categorías o dimensiones: buena impresión (cordialidad, solidaridad, admiración), mala impresión, similitud, diferencia, ventanas y reflexión. Una vez organizada esta información, fue analizada en pequeños bloques de respuestas o de manera individual, con el propósito de interpretar los discursos en el entramado social (situaciones e implicaciones de los agentes en el contexto estructurado).

Cada uno de los segmentos de identidades permitió generar tablas semánticas para sintetizar la percepción de los migrantes con referencia a la alteridad. Las tablas permitieron agrupar las respuestas de los diferentes discursos en función de criterios generales; por ejemplo, en la categoría "buena impresión" fueron integrados amigos, buenas personas, diversidad, llevarse bien, etcétera. Además, el autor consideró un discurso por categoría-dimensión (por ejemplo, diferencia, similitud, reflexión), y cada una de ellas fue distribuida de manera gráfica.

Por último, el autor presenta una tabla comparativa entre las dimensiones-categorías relativizadas en porcentajes, a fin de constatar el predominio de la buena impresión sobre la mala impresión, o de las similitudes sobre las diferencias. Con ello se generaron las gráficas para plasmar las gamas de representación que tuvo el migrante mexicano por cada una de las alteridades.